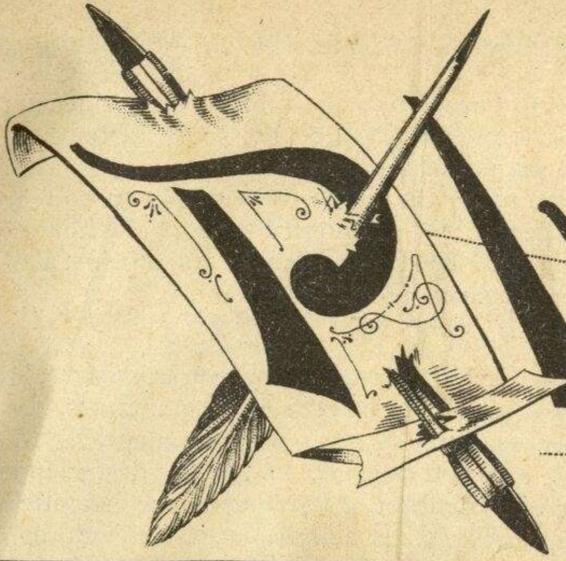


AÑO I

BARCELONA 16 MARZO 1893

Nº 1



El Financiero y Sapiro

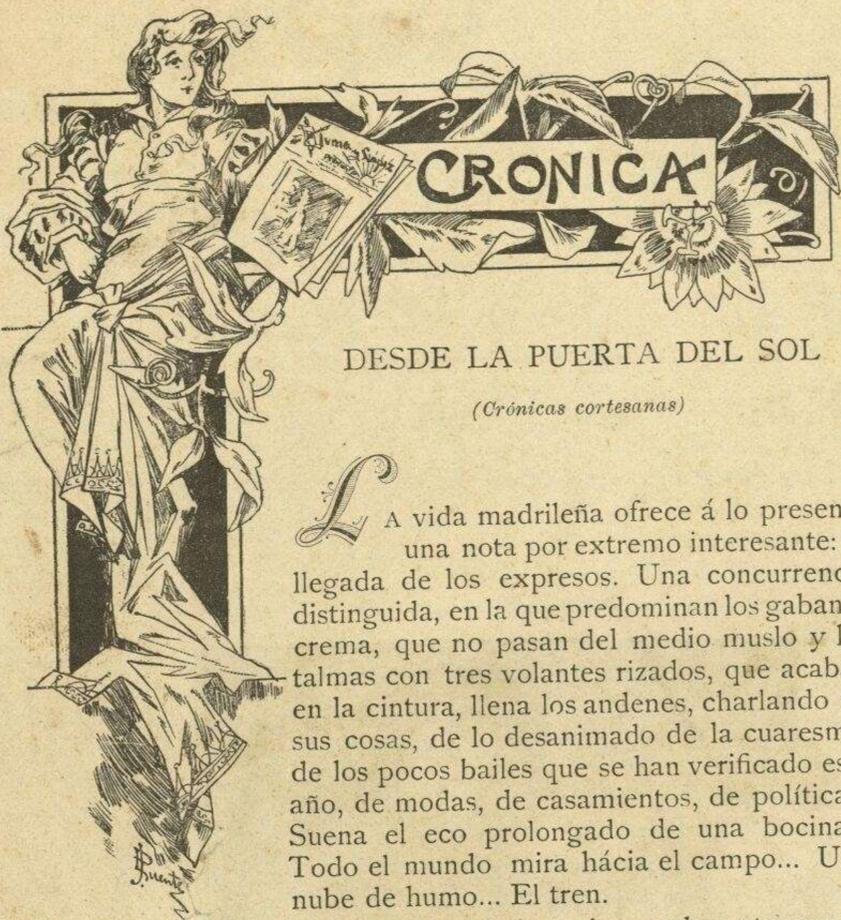
PERIÓDICO ILUSTRADO

20
CÉNTIMOS

DIRECTORES PROPIETARIOS - BUSQUETS HERMANOS - CALLE DEL OLMO Nº 8.



VIÉNDOLE PARTIR



DESDE LA PUERTA DEL SOL

(Crónicas cortesananas)

LA vida madrileña ofrece á lo presente una nota por extremo interesante: la llegada de los expresos. Una concurrencia distinguida, en la que predominan los gabanes crema, que no pasan del medio muslo y las talmas con tres volantes rizados, que acaban en la cintura, llena los andenes, charlando de sus cosas, de lo desanimado de la cuaresma, de los pocos bailes que se han verificado este año, de modas, de casamientos, de política... Suena el eco prolongado de una bocina... Todo el mundo mira hácia el campo... Una nube de humo... El tren.

Después, de este departamento se baja un joven elegante, con el rostro lleno de alegría: trae su acta límpia... De aquel otro coche descende un señor maduro con la cara muy melancólica: protestas graves en el acta. Del compartimento de más allá se apea un caballero echando venablos por los ojos: sin acta... Luego, las familias se arremolinan buscando la salida, y entre el murmullo de la gente oýense á granel frases semejantes: Mi triunfo era indiscutible... Yo no soy ningún cunero... Han cometido conmigo los mayores atropellos... se me ha provisto de certificados notariales... Empatado, chico... Yo me separo del partido, porque... ¡para el apoyo que le merezco!... Pucherazo... ¡Ah!... Todavía se halla la pelota en el tejado...

—Señoras, caballeros... ¡El billete!

En un mismo ataud han permanecido sobre el frío mármol del depósito de cadáveres la víctima y el verdugo, el hermoso cuerpo descuartizado por el bisturí de los médicos forenses, y el traje de seda que la pobre pecadora llevaba al desplomarse desde las alturas del balcón de un segundo piso.

Esas sedas atrayentes de la ropa la han matado. Quizás de pequeña, al alborear en la dulce adolescencia en que seduce todo lo que brilla, su mente volcánica soñó con la seda... La seda ha sido siempre una gran pasión para la mujer... Cuando este anhelo por la seda late en un espíritu fortalecido por la virtud, la desgracia suspira y se contenta con el percal... Cuando el alma flaquea, la pobre criatura consigue su propósito: poseer la seda, pero la posesión cuéstate la pureza y cae... Dado el primer paso, el mismo delito imborrable hace recorrer la escala entera hasta el fin... Hoy se llama Antonia... mañana se denominará otra cosa... Su nombre eterno es el impudor...

Y sucede también lo que por las muestras ha ocurrido en el presente caso con la víctima de Vazquez Varela... La infeliz pecadora le amaba de veras... Terrible expiación, reservada á la mujer que atraviesa la vida apurando la copa del placer inmundano... ¡Enamorarse y sentirse impotente, hundidas en el fango para siempre las alas rotas!... Por eso mueren... y quizás por eso matan...

Al cabo parece que el Círculo de Bellas Artes se decide por celebrar su Exposición bienal en el Palacio de Cristal del Retiro... Es un acuerdo excelente... Sobre que los doscientos cuadros de que consta hubieran estado bailando en el suntuoso edificio del Hipódromo, habríase quedado el concurso sin su carácter privado, de independencia del elemento oficial... No deben, por otra parte, los pintores, perder de vista el carácter de semejantes fiestas, ni olvidarse de una silueta importantísima: la mujer.

Las exposiciones artísticas del Palacio de Cristal, son la nota de primavera que faltaba á la vida madrileña elegante... La gran dama necesitaba un trono en que lucir su primer traje de batista, y lo ha encontrado en aquella linda bombonera que hunde su escalinata de piedra en el lago y en la que susurran los chorros blancos de sus saltadores, coronados de penachos de espuma... Con pretexto de los cuadros reúnese allí, en aquel salon reducido, de transparentes muros, donde todo el mundo se vé *al detalle*, la nata de la dorada sociedad, y la aristócrata, con el pelo teñido de rubio, de paso que os-

tenta su *toaleta*, en su lento paseo triunfal, flecha su impertinente á los trajes de las demás señoras, saluda al conde, sonríe al baron, y si le queda tiempo echa una miradita á los cuadros...

Va, sin embargo; como todas las diosas lleva detrás su cortejo, provoca la concurrencia de gente y es lo que conviene al Círculo y á los artistas... Al Palacio del Hipódromo irían los aficionados; al de Cristal acuden las mujeres guapas...

Daremos una vueltecita por los teatros... El gabán, la chistera, los guantes... En el Real predominando la raza etiópica... *Otello*, descargando sobre Desdémón todo el peso de sus romanzas, y *La Africana* muriéndose de amor en clave de fa... Vico, desfaciendo entuertos dentro de la coraza de *El Cid* y exhalando su excepticismo por boca del *Príncipe Hamlet*... El amigo Mario, luchando contra *El poder de la impotencia*. El público de Lara, ríe que te ríe, con Rossell y Luceño, y acudiendo todas las noches al comercio de *Carranza y Compañía*... *Mis Helyet*, desesperada porque las coristas de la zarzuela enseñan las piernas más ó menos torneadas. En Apolo bañándose las actrices en pleno Marzo: *Al agua patos*... Y los cantares de Martín partiendo los corazones con sus *gipios*...

He ahí las últimas novedades teatrales... En el Real la irrupción de las blondas y los hombros de nieve... En la Comedia la mesocracia elegante y adinerada... En Lara la burguesía que se divierte con toda su alma... En los demás teatros (¡ay! y aun en los citados) mucho *tifus*, como bautizaría el difunto Felipe Ducazal á los que entran *de gorra*.

He tenido mucho gusto en conocer á usted... PLUMA Y LAPIZ se honrará cultivando su amistad, y desde este instante queda á su disposición su humilde cronista madrileño, que besa sus manos etc., etc.

ALFONSO PEREZ NIEVA

HUMORADAS

I.

Se casó la infeliz; ya está en camino de saber lo que pesa un mal destino.

II.

¡Oh, mujer admirable
Por que fuese él feliz, fué ella culpable.

RAMÓN DE CAMPOAMOR

PROSA

Te vi una tarde, y no vi, morena, que te pisé.
Tú exclamaste.—No hay de qué.
Y yo murmuré.—¡Ay de mí!
La burla no conocí,
y ahora, de veras lo siento,
pues al mirar el portento
que me depara la suerte,
creo que, hasta conocerte,
perderé el conocimiento.

Por eso, en pos de tu huella,
marcho de día y de noche;
ya vayas á pie, ó en coche,
ó con tu madre ó sin ella.
¡Si es tu mirada la estrella
que al paraíso me guía!...
¡Si es tu acento la armonía
que hace mi lira vibrar!...
¿Como no he de suspirar
por tí, de noche y de día?

No te diré, adulador,
que es de nieve tu garganta,
ni que detrás de tu planta
brotó al instante una flor;
frases son estas de amor
que se oyen todos los días,
son... discretas tonterías
que jamás aprenderé,
y que nunca te diré,
y que tú no escucharías.

Basta de finos modales,
y de cumplimientos finos.
Tienes dos ojos divinos,
y dos manos celestiales;
tus dientes están cabales,
y pareces campechana;
eres guapetona y sana,
nadie murmura de tí,
y te quiero... porque sí,
y porque me dá la gana.

Allá, cuando en el Enero
sople el huracán bravío,
nos reiremos del frío
junto al calor del brasero;
tú, con lenguaje sincero,
me pintarás tu pasión,
y mientras el aquilón
desencadene sus sañas,
oiré, asando castañas,
tu sencilla relación.

Quando la pálida nieve
de las nubes se desprenda,
y nuestra pobre vivienda
esmalte su carga leve,
para que el frío no lleve
hasta mi amor sus heladas,
mientras sus hebras plateadas
se enredan en nuestro techo,
yo, calentaré mi pecho,
al calor de tus miradas.

Y cuando llegue el verano,
cuando la vega frondosa,
y la gruta misteriosa,
y la montaña y el llano,
con el amarillo grano
coronen sus blancas sienes,
en vez de partir en trenes
de placer ó... desgraciados,
vagaremos enlazados
de nuestro amor en rehenes.

Verás... verás que dichosos
pasamos los dos la vida!
Tú, entre mis brazos dormida;
yo, entre los tuyos hermosos!
Ningunos más venturosos
podrá el mundo imaginar...
como tú me quieras dar
una cita, en cualquier parte,
y yo... me atreva á robarte,
y tú... te dejes robar.

CONSTANTINO GIL

minero aquél, no había patrono de más y mejores condiciones que Germán, hombre convencido de la obligación santa del trabajo, el que practicaba con la misma devoción y fé idéntica con que su buena esposa y los pequeñines iban á la aldehuela inmediata, vestidos de punta en blanco todos los domingos, al toque del alba, á oír la misa primera y á pedir, á quien concederlo puede... ¿el qué? pues que aquellos filones, brillantes como el sol del mediodía y abrumadores como una noche de insomnio, no tuvieran fin.

Su condescendencia para con los obreros, del más alto al bajo, su carácter afable y cariñoso, su energía varonil, frecuentemente subyugada por la ternura de su corazón, le habían granjeado las simpatías, más que las simpatías, el cariño de todos los mineros.

La categoría relativamente alta que entre ellos sumaba, no le enorgullecíó jamás, y siempre que era necesario, y muchas veces que no lo era, vestido con su atillo de franela blanca, calado hácia las cejas su capacete inglés, alumbrado por delante con la linterna triangular, y guardadas las espaldas por la incansable piqueta, veíase á Germán ayudando á sus obreros en la ruda faena de arrancar el mineral de la tierra con el mismo desinterés con que he visto á muchos padres repasar las lecciones de latín á sus hijos.

Pero ¡ay! que al que se hace de miel, las moscas se le comen, y con Germán empezó á suceder algo de esto.

III

Las proclamas socialistas surtieron el efecto apetecido, y en la mina *San Cristóbal*, que era la regentada por el que sin duda podría pasar por modelo de patronos, cuando la jaula estaba ya preparada para subir y bajar operarios á los pisos en explotación, y los barrenos hinchados de dinamita, como deseando explotar, se empezaron á notar señales de huelga.

Los mineros faltaron, en su mayoría, á la hora señalada para comenzar el trabajo; cuando llegaron, con motivos diversos se negaron á vestirse el atillo, y pronto, lo que empezó siendo una mera resistencia pasiva, tomó todos los vuelos de un motín en toda regla.

Peticiones de aumento de jornales, de rebajas en las horas de trabajo, y no sé cuántas más de esta misma índole circularon de boca en boca, de grupo en grupo, de uno á otro lado de aquella pequeña confederación.

A Germán no le chocaba nada de esto. Es la condición del hombre la ambición, y así lo consideraba él, disculpando los medios puestos en práctica para realizarla. Lo que sí le extrañó mucho fué que el principal instigador de aquella rebelión era quien precisamente más favores, ascensos en su destino y atenciones le debía.

Juan era un desagradecido en toda regla.

IV

Las comisiones que para exponer al patrono las quejas de los obreros se formaron, fueron innumerables. Las conferencias que las mismas sostuvieron con Germán, otras tantas. Las pretensiones que á éste le formularon, ridículas y descabelladas.

Cuando los ánimos estaban más caldeados, dos obreros, en nombre de otros muchos allí presentes, se acercan á Germán, y le dicen:

—Venimos á hacer á V. una reclamación.
—¿Cuál?

—La siguiente: Juan gana seis duros á la semana, y nosotros, que hacemos el mismo trabajo, no ganamos más que cuatro.

—¿Y qué quereis?

—Ganar lo mismo que Juan.

—La petición es justa, y desde hoy, Juan no cobrará más que cuatro duros semanales.

No se ha vuelto a tener noticia de huelga alguna en la mina *San Cristóbal*.

C. OSSORIO Y GALLARDO



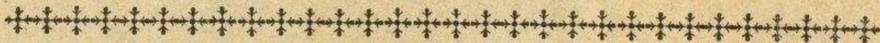
¡OH, LA BIGAMIA!



¿La bigama es vicio, ó es que todo hombre tiene opción á la fatal posesión de dos mujeres... ó tres? Yo he pensado, sin perjuicio de refutar mi argumento, que todo hombre de talento verá en la bigamia un vicio; y, como es justo, reclamo una ley... pero severa; mi parecer es que muera todo el que sea bigamo... Hay en el mundo mil séres que no gozan con tener á su lado una mujer, sino seis ú ocho mujeres; y esto, por más que os asombre, es triste, pues yo he creído que la mujer no ha nacido para juguete del hombre. Santo y bueno que un varón esté loco por alguna; pero querer á más de una es otra exageración. He conocido á un truhán que poseía un harén y lo pasaba tan bien como si fuera un Sultán; y aunque eran un poco ariscas le tenían al muy cuco tal cariño, que ni eunuco tenían sus odaliscas. Todas eran de *mistó*, y las tenía á sus plantas

pero... ¿que haría con tantas mujeres?... ¡pregunto yo!... Yo opino que deben ser igual las dos, por mi nombre; á cada mujer un hombre y á cada hombre una mujer. ¿Que uno por *necesidad* no está conforme y se queja; pues se le da una pareja ¡pero de seguridad!... Y siguiendo así, á mi juicio han de ser, que con tal forma la sociedad se reforma y se destruye ese vicio; porque no es aventurado suponer muy facilmente que con una hay suficiente y aún á veces... desmasiado. ¿A que ese vicio? ¡por Dios!... ¿No es un crimen grave?... ¡Si, cuando hay mozas por ahí que valen lo menos dos! En lo lógico me fundo para extinguir este mal ¡ese es un cancer social que corroe á todo el mundo... pues varias niñas preciosas de un solo hombre al albedrio originan el hastio... y aún otro porción de cosas. Yo juro, y no me dá pena decisión tan oportuna, que me conformo con una... ¡Pero con una... docena!

ABRAHAM LIMORTI

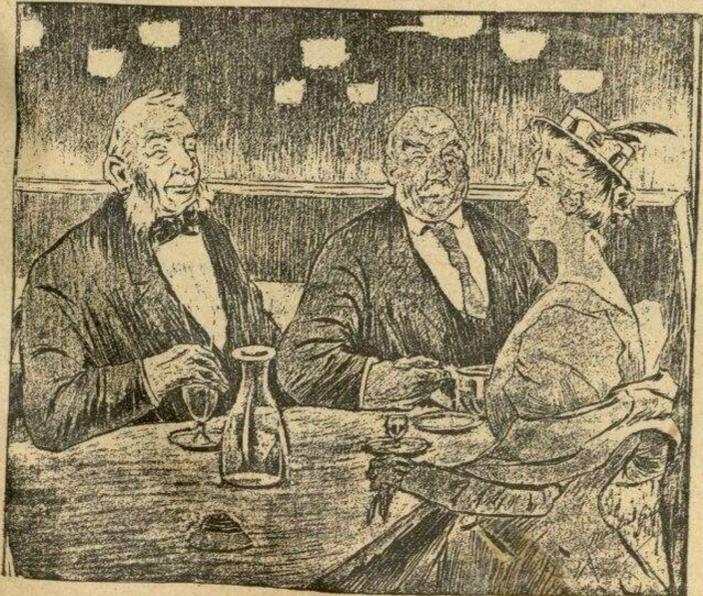


DE RAZA.....

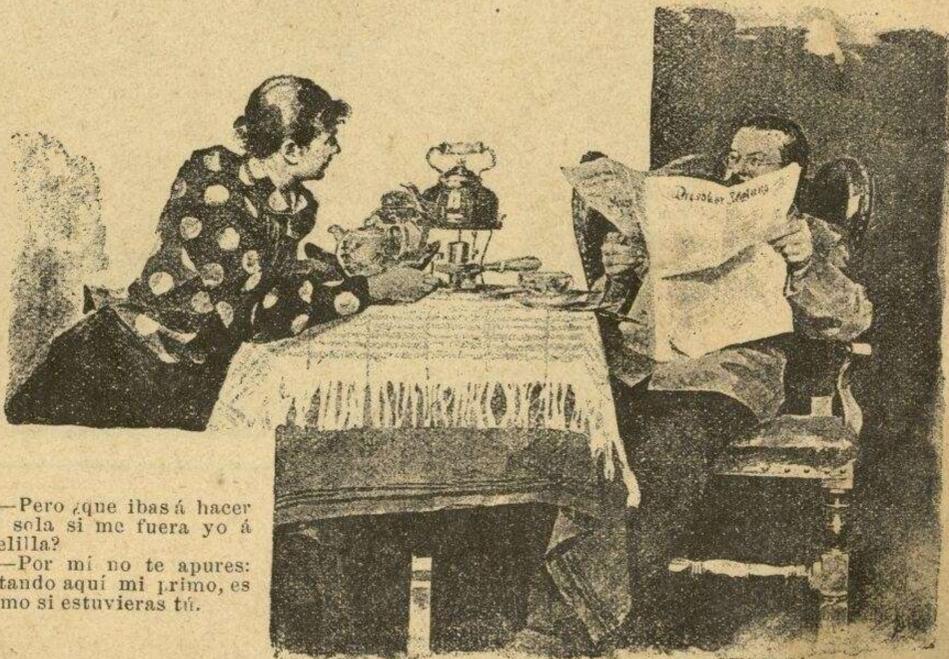


«Los señores» dominaban en el valle por tácito consentimiento de los campesinos; «Mamá Carolina» era una especie de dama feudal, prestigiosa, adorable, traviesa. Llevábanle las

CABOS SUELTOS



—¿Y no quiere V. tomar nada más?
—Si señor, sí; yo, siendo cosa de tomar... ¡tú lo que se presentel!



—Pero ¿que ibas á hacer tu sola si me fuera yo á Melilla?
—Por mí no te apures: estando aquí mi primo, es como si estuvieras tú.



primicias del ópimo fruto; le presentaban el recién nacido, y nadie era osado á contraer matrimonio sin su correspondiente autorización; intervenía en todo, por cosa trivial que fuese, y era árbitro inapelable en cuantas diferencias se suscitaban. Ejercía, en suma, esa autoridad dulce de las almas nobles y viriles, que triunfan sujetivamente, por virtud de su riqueza afectuosa. «El señorito» apático, cejijunto, tétrico, aparecía á los ojos de los lugareños como una sombra triste; esquivaban hablarle, porque era seco, muy seco de palabra. Veíasele en las solemnidades de la aldea ofreciendo el brazo á «Mamá Carolina», los domingos en misa mayor, cerca del coro, y algunas mañanas persiguiendo liebres por las lejanías montañosas. No, no hacían con él lo que con «mamá». A ésta se le acercaba todo el mundo con dulzura y con cariño; cuando «el señorito» iba solo, limitábanse á descubrir respetuosamente la cabeza, y se alejaban á más andar. «¡Si no fuera por mamá» — decían algunos rezando la frase.

Y efectivamente, se explicaba la antipatía de los del terruño, porque «el señorito» había repudiado, puede decirse, sin causa ostensible, sin fundamento de ley, á su esposa «la de Roche».

«La de Roche» tenía los ojos muy negros, la tez morena, suave, delicada; era un tipo árabe, más que árabe, semita, en que la naturaleza prodigara lo delicado en las líneas, la brillantéz en las curvas, la exuberancia de vida en la juventud. Bella, con esa hermosura fastuosa de las mujeres orientales; gallarda, con esa gallardía de la española que se ha bebido todo el azul de nuestro cielo meridional, reunía todas las cualidades físicas apetecibles para un hombre que, como «el señorito» parecía más griego que andaluz. «El señorito» era un salvaje con haberla desdénado, como decían los lugareños. Y era que los lugareños la adoraban, por su caridad inagotable, por su prurito de hacer bien, por su carácter bondadoso y tierno, y por la alegría que le retozaba siempre en el cuerpo. Se la tropezaban muchas veces en el campo, saltando quebrajas y riscos, pero era seguro que nadie huía de su presencia. «Mamá Carolina» era buena, ¡pero la de Roche! No, no; «mamá Carolina» tenía la bolsa abierta cuando iban á llorarle lástimas, pero «la forastera», como comunmente la nombraban, hacía mucho más; buscaba á los infelices; se la encontraba siempre donde había lágrimas que enjugar; «ningún menesteroso tuvo que pasar la vergüenza de pedirle».

Y es el caso, que en aquel valle próspero, no existía uno que no estuviera persuadido de que á «la de Roche» debían toda su felicidad, toda. «Los señores» no habrían visitado nunca su valle, á no ser por el casamiento del señorito: y en cuanto «los señores» se establecieron allí, cambió totalmente la precaria situación de los lugareños. Antes, al frente de la hacienda había un administrador, que era hombre avieso, «de hígado malo». Apremiaba, hostigaba á los colonos; los entrampaba, les sumía en la miseria; ahora el valle era una balsa de aceite. Y lo chusco es que se culpaba á «los señores» por todas las malas artes del administrador, de guisa, que en cuanto ellos se presentaron á «mamá Carolina» llamóla «la vieja de la cofia», por burla, por instinto de zaherir, por espíritu de venganza. A poco se vió el engaño; «la vieja de la cofia», mujer cincuentona, un poco apergaminada, de rostro simpático, que descubría apagada belleza, aparentemente burlona, y por tanto jovial, no exigía sacrificios, dejaba en holgura á los perdidosos para satisfacer sus deudas; y como diese el mal tiempo en azotar las cosechas, no sólo rebajó el tipo de arriendo, sino que acudió con socorros á los perjudicados. Al primero que se le presentó contándole lástimas, le dijo:

—Bueno, bueno, no me llores más; ya pagaréis el año que viene; toma veinte duros para ir trabajando; pero te advierto que si eres un haragán no tendré compasión de tí.

Se supo en el valle, y ya no se volvió á llamar á «mamá Carolina» «la vieja de la cofia».

En el valle, en la aldea, sabíase que «los señores» acudían por primera vez, acaso la única, á pasar una temporada; y que la visita debíase á que «el señorito» escogió sus posesiones para pasar la luna de miel, para el viaje de novios; pero nadie se explicaba por qué al día siguiente «la de Roche» dejó la casa solariega, y fué á habitar una quinta próxima y menos por qué no mediaba trato alguno con la madre y el hijo.

«Mamá Carolina» lo ignoraba también; era un secreto que «el señorito» guardaba escrupulosamente.

—¿No es digna de tí? —preguntaba la madre—¿su rango es inferior á nuestra cuna?

—No,—respondía él amargamente.—No hay otra mujer más honrada, ni más buena, ni más hermosa.

—¿No la amas?

—¡Oh, madre mía!.. con locura.

Y contestaba siempre con evasivas, porque si era verdad que su secreto le envenenaba la sangre y le mataba lentamente, no quería que nadie execrase á aquel ídolo de su alma. «Mamá Carolina», hizo cuanto pudo para conocer la verdad, y por reunir al matrimonio, no consumado tal vez, pensaba, y de ahí venía su prolongada

estancia en el valle, porque se le antojaba que su hijo se aburría pronto de la soledad. No intentó ver á «la de Roche». El lo había prohibido, con amenaza dura y en terminos que hacían temblar á la pobre vieja. ¡Conocía bien á su hijo, vaya si le conocía!

Una tarde,—tanto desmejoraba en salud «el señorito», que ya no iba de caza al monte, ni salía como no fuese para acompañar á «mamá Carolina» á la iglesia,—se empeñó «la vieja de la cofia» en descubrir el misterio. Y fuese por la maña que se dió, fuese por que él sintiera necesidad de explayarse, habló así:

—Escucha. Yo me casé con «la de Roche» enamorado, muy enamorado. Concertamos este viaje, y ya sabes que desde la iglesia nos vinimos aquí. Aquí fué, por tanto, nuestra noche de novios. ¡Pero que noche, madre mía! Nos habíamos quedado solos. A mí me abrasaba la sangre. No sentía afán de besar, no; sentía delirio de morder. ¿A qué contarte mis trasportes de cariño? Cuando le prodigaba mi ternura, en frases, en besos, en todo, ella grave, muy grave, me dijo:

—Escucha, Manuel; he de revelarte un secreto.

—No, no, mañana, otro día; —le respondí—te quiero tanto, eres tan hermosa, y tan buena, que en tí no puede haber mancha.

—La hay; yo no puedo callar más mi sacrilegio. Hasta ahora he tenido valor, pero ya me falta; en lo sucesivo no podré fingir, ni quiero. Tú eres católico, intransigente; tendría que seguirte á tí en tus prácticas religiosas, y he transigido por un momento, pero no más, no más. Perdoname, porque te amo mucho, mucho. Si tú quieres, aún seremos felices; pactemos: yo respetaré tus creencias; respeta tú las mías.

«Mamá Carolina» escuchaba con atención, sin respirar casi. «Aquello era grave, muy grave»; punto de doctrina, de ortodoxia, y «los señores», pertenecían á la raza que lo perpetúa todo; la nobleza hereditaria, la religiosidad, el fanatismo.

—¿Y tú le digiste?..

—Yo le dije: ¿eres protestante? No importa.

La vieja arrugó el ceño.

—No importa, no. Separaremos los cuerpos, sin escándalo, hasta que por mis palabras, por mis ruegos, por mis lágrimas, te convierta á la verdadera fé. ¿Dudas? ¿La filosofía atea te ha envenenado el pensamiento? Pobre niña, yo destruiré los fantasmas de tu espíritu. ¡Oh! y ella, madre, movía su hermosa cabeza entre mis manos, y contestaba, «no, no; ni yo podré atraerte á mi religión, ni tú á la mía, pero aprende de mí, que he prescindido de todo, hasta del odio de raza, por ser tuya».

—¿Pues que eres tú?

—Y ella... contestó...—saltó «mamá Carolina», impaciente, fibrosa.

Contestó: «soy judía».

«Mamá Carolina» nada repuso, pero en sus ojos azorados, en su faz lívida y descompuesta, en el aplanamiento del señorito, en lo beatitud de la estancia y en la solemnidad del silencio... estaba vivo el espíritu medroso, asustadizo, amamantado en el odio de luengos siglos, que mataba implacable la felicidad de aquellos séres.....

J. FERNÁNDEZ LUJÁN

¡COMO CAMBIAN LAS PERSONAS!

Mi amigo Andrés Rebollo siempre ha pasado por un chico decente, bien educado, obediente á sus padres cuando soltero, leal con sus amigos como un cordero, y luego con su esposa tan cariñoso que era un hombre modelo y un buen esposo. Pero en muy poco tiempo se ha transformado de un modo tan completo é inopinado, que, verdaderamente, me ha sorprendido, ¡porque está Andrés Rebollo desconocido! ¿A qué es debido el cambio? No se palota pero dicen que al juego de la pelota, pues á él se ha aficionado de una manera que pasa en los frontones la vida entera. No se juega un partido

grande ó pequeño sin que á él Andrés asista con mucho empeño. Sabe ya lo que es falta perfectamente y le falta á su esposa continuamente. Solo entre *pelotaris* vive contento; los azules y blancos son su tormento; discute las jugadas y toma notas. ¡Su dicha está pendiente de las pelotas! Conoce el tecnicismo de dicho juego mejor cincuenta veces que algún gallego, lo mismo que los nombres enrevesados de aquellos jugadores más afamados. ¡Nada! se le han subido con ligereza al pobre las pelotas á la cabeza. Y me dirás tú ahora, lector querido:

—¿Por eso está el muchacho desconocido?...—
Y respondo sin dudas,

à lo que dices:
—¡Quiá! ¡Por un pelotazo en las narices!

F. ROIG BATALLER

PELOTARICEMOS

CUANDO pasen Vdes. la vista por estas líneas, estaremos, vamos al decir, inaugurando el *Frontón Barcelonés*.

Ya hacía tiempo que todos los habitantes de la Ciudad Condal sentíamos una desazón interior, una inquietud y un vacío que no nos podíamos explicar; andábamos por ahí mustios y cabizbajos, y no sabíamos á qué atribuir semejante estado de ánimo.

Ahora, ante la noticia de la inauguración *precitada*, todos hemos dicho: ¡ah! con alegría; nos hemos dado una palmada en la frente, y, como las características, al final de las piezas en un acto, lo hemos comprendido todo.

¡Era que nos faltaba un frontón!

Teníamos aquí una plaza de toros *efectiva* y otra en construcción; teníamos Universidad, museos, casetas de consumos, y ardientes deseos de pegarle al infiel marroquí... Todo, todo, menos frontón.

Ahora, gracias á Dios y á la sociedad propietaria, no podrá nadie afirmar que carezcamos de elemento tan indispensable á la vida de los pueblos libres y con pelotas.

Dicen que la sociedad constructora del nuevo Frontón se ha constituido por acciones.

Y yo lo creo.

Los nuevos accionistas habrán oído decir que con las buenas acciones se gana el cielo. Y como las acciones de la flamante Sociedad prometen ser buenas, ellos van á ver si ganan el cielo... y unos cuantos dividendos.

Las ventajas que nos reportará el establecimiento de esta nueva clase de juego, son innumerables.

Hasta hoy, el que quería ver á Irun y admirar las bellezas que contiene, tenía por precisión que gastarse un dineral en el viaje: billete de ida, billete de vuelta; vendajes y medicamentos para los efectos del descarrilamiento correspondiente, etc., etc.

De hoy en adelante, ¿quién no podrá darse el gustazo de ver á Irun y admirar todo cuanto haya en él de admirable, sólo por la ínfima cantidad de cuatro reales?

Antes, cuando se daba un revés, nadie ganaba en ello. Solía, sí, alguno perder un ojo, si el revés había sido bueno y de los que dan de leno en la cara.

Ahora, ¡á cuántos hará felices un buen *revés* de Irun, ó de Portal, ó del chiquito de Torredembarra!

Los aficionados al arte (y Vdes. dispensen) del toreo, dicen indignados, que esto ha venido á matar á aquello, que las pelotas están llamadas á eclipsar á los cuernos, y que el pelotarismo será la tumba del toreo.

Si es ó no *tumba*, lo ignoro; pero *timba*... ¡timba sí es!

¡Como que en él los que en realidad juegan menos son los que aparentemente son los únicos que juegan!

La cancha de los frontones ha venido á oscurecer á la concha de los teatros.

Porque verdad es que en estos se apunta, pero en aquellos... ¡en aquellos *se apunta* y se dá!

José F. DE LA REGUERA

EN LA TABERNA

—¡Gracias á Dios que te encuentro!
—¡Pus maldita *siá* tu estampa!...
¿Qué me quieres?

—Que te vengas conmigo.

—¡Veniañ!

—Vaya;

tú *tiés* ganas de armar bronca pá acabar bien la semana.

—¿Soy tu *cónyugue*?

—Pá el caso,

como si lo fueses, *Napias*.

—Oyes tú, que no me saques los *defeztos* á la cara.

—¿Te vienes á sí?...

—¡La misma

murga de *toás* las semanas!

—Porque tú eres un *pitoso* que no *tié* pizeca de *lacha*.

—Tós los sábados, en *cuanti* que salimos de la *frábica*,

te pegas á mí, lo mismo que si fueses una lapa,

y ya he dicho que no quiero que me persigas, *Ustaquia*.

—¿Será mejor que te deje que te vengas á la *tasca*,

pá liquidar en un *verbo* los *charpes* de la semana?...

¡Vamos, como tú has *perdio* la vergüenza hasta la *cachas*, *tas figuráo* por lo menos,

que yo voy á ser tan *mandria*, que no *me se* dé tres pitos de que nos *genes* de trampas, porque tú seas un *golfo* sin *dinidaz*, y te salga, de donde sea, el perderte *por mor* de unos cuantos *guajas*, que te chupan *toá* la sangre!
—¡Que me la chupen, *Ustaquia*!
—Eso es; ¡y que yo me quemé las manos en la colada, lavando cargas de ropa!...
—Mira, déjate de *cargas*; que yo soy un hombre, en *toá* la extensión de la palabra, y éstos unos *cabayeros*, *mejorando*...

—¡Mejoraban!...

¡Tan granujas como tú!

—No me calientes, *Ustaquia*;

mira que si no, te *endiño* dos *lapos* como Dios manda.
—¡Quita el pistón! Ya sabemos que tienes sangre de horchata.
—¡No me pierdas!

—Si te pierdes...

¡ya te encontraré en la *tasca*! Dame el jornal; pero pronto, y no metas más la pata, que en *cuanti* que tú la metes, ¡vamos, que ni Dios la saca!
—Pero, ¿es que tú no has *cobráo* lo tuyo?

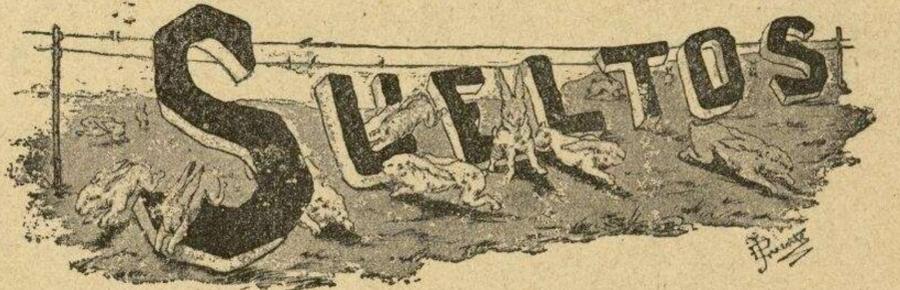
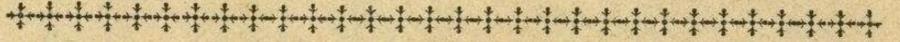
—¡Valiente guasa!

Bien sabes que no...

—¡Pus toma!

(*Le atiza dos bofetadas de primer orden*) ¡¡Ahí tienes el jornal de la semana!!

CARLOS MIRANDA



¿Lo ven ustedes?

Ahora, precisamente ahora, que tanto se habla de Africa, acaba de morir otra vez el último de los veteranos que asistieron al glorioso combate naval de Trafalgar.

Pero ¡señor, señor! ¿Cuántas veces permite tu misericordia divina, que muera el último?

¡Compadécete de ese infeliz que está muriéndose toda la vida!

Y dame á mí una virtud, por tener una siquiera: ¡la de enterrar con salud al último que se muera!



¿Creían Vdes. que los tontos se habían acabado?

Pues la *serie* es más larga que la del último veterano que se muere lo menos dos veces al año siempre, y siempre por última vez.

Uno de nuestros menos distinguidos *paletos*, que llegó hace pocos días á la condal ciudad, y que llegó por cierto con un manojito de *peluconas* en la faja, ha hecho el consabido negocio de cambiar esas monedas, que ya no conocen más que los *paletos* y los *ratas*, por unos flamantes cartuchos de *perdigones*, teniendo que regresar al pueblo con los *perdigones* y el burro, gracias á que cuando le dieron el timo no lo llevaba á mano.

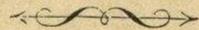
—¡Arre, burro!—le decía al ir hacia allá el *aturro*.

Y el animal pensaría:

«¿Porque me dirá éste, burro?»



CORRESPONDENCIA PARTICULAR



A. M.—*Barcelona*.—¿De modo que es usted en persona el autor de aquellos versos que empiezan diciendo.

¿«Apurar, cielos, pretendo, ya que me tratáis así?»

Pues que sea enhorabuena, hombre; tiene Vd. la celebridad asegurada. En cambio lo siento por el pobre Calderon. ¡Quien iba á sospechar que fuera un plagiarlo vil!

Un *español*.—Si no espera otra cosa sino que le publiquen su oda patriótica para empuñar las armas enseguida, mas vale que no piense en eso; pero ¿no sería mejor que las empuñara primero? Después se la publico: ¡se lo juro por Aláh!

R. S.—*Valencia*.—Entró en turno y se publicará cuando le llegue el turno ¡digo! el turno.

Un *voluntario*.—¡A lo que estamos, tuerla! Empieza así:

«Otra vez la salvaje morisca la bandera española pisó, y hasta el atlas llegó el alarido que dió el león.»

y ya ve Vd. que eso sin música no acabaría de resultar.

(*Quedan más cartas por contestar.*)

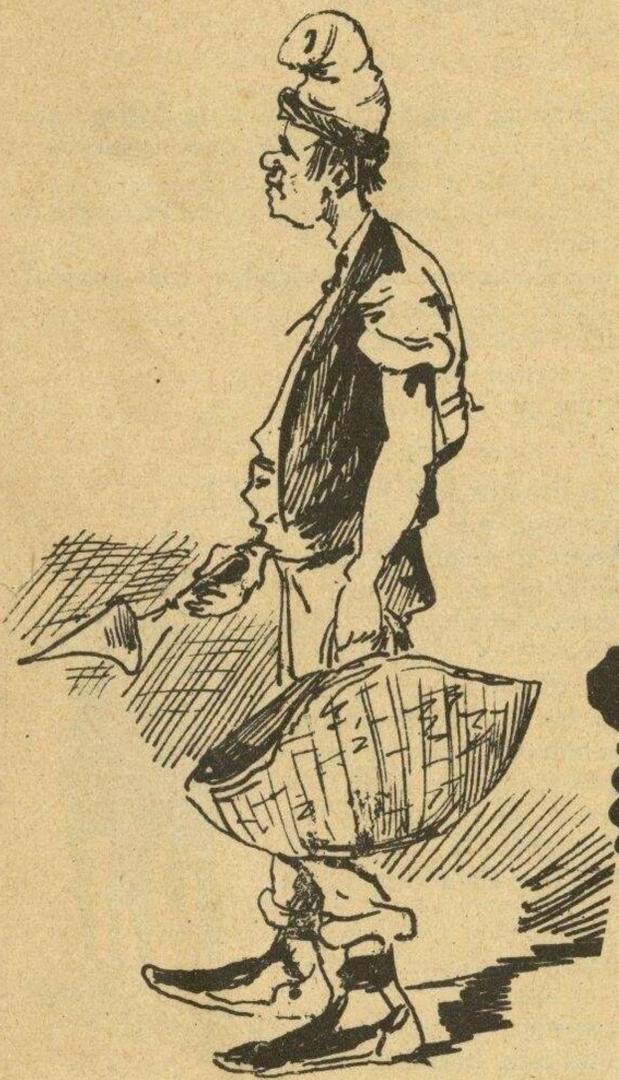


—¡Cual gritan esos malditos!
Pero mal rayo me parta
si en acabando la carta
no pagan caros sus gritos.

OSTERIA
DEL
LAUREL



—¿La hosteria del Laurel?
—En ella estais, caballero.
—¿Está en casa el hostelero?
—Estais hablando con él.



—Yo, á los palacios subí
yo, á las cabañas bajé



—Llamé al Chato, y no oyó,
y pues sus puertas me cierra,
de mis pasos en la tierra,
responda el Chato, y no yo!



Mi padre empleó en esto
entera la hacienda mia,
hizo bien: yo al otro día
la hubiera á una carta puesto

PAPELES HIGIÉNICOS Y PERFUMADOS PARA CIGARRILLOS

MARCA

EL LORO

DEPOSITARIOS EXCLUSIVOS EN ESPAÑA

BUSQUETS Y TORRES

Calle del Olmo, núm. 8

BARCELONA